

NOTAS BIBLIOGRAFICAS

JOHAN HUIZINGA, *Europäischer Humanismus: Erasmus*. Rowohlt's Deutsche Enzyklopädie. Hamburg, 1958. 195 pp.

El historiador holandés de la cultura, Johan Huizinga, presenta en este ensayo, resumidos y en algunos aspectos adicionados, los resultados de sus investigaciones en torno a Erasmo de Rotterdam y al humanismo europeo. Ubicando a Erasmo en su tiempo y penetrando en todas las manifestaciones del ambiente espiritual de la época de la Reforma y la Contrarreforma, Huizinga llega a la conclusión de que Erasmo fue más un espíritu del siglo XVIII que de su propio tiempo. Su mensaje, dice el autor, significa algo más que el espíritu del clasicismo y de la sabiduría bíblica. Fue al mismo tiempo el primer profeta de la fe en la educación y en el perfeccionamiento humano, de la cordialidad social y de la confianza en lo bueno de la naturaleza humana, de la benevolencia y de la tolerancia. En los siglos XVI y XVII permanecen estas ideas todavía en las corrientes subterráneas, pero en el siglo XVIII se pone al día el mensaje de Erasmo. En este sentido es precursor de los modernos pensadores y prepara su terreno a Rousseau, Herder, Pestalozzi y a los escritores ingleses y norteamericanos. Sin embargo, sería incorrecto tomar a Erasmo como precursor del espíritu moderno en general. Muchos desarrollos de los tiempos modernos le son completamente extraños. Nada aporta al desarrollo de las nuevas ciencias naturales ni de la filosofía. Tampoco se anuncian en su pensamiento las modernas teorías del estado, de la historia o de la economía. Pero, siempre que se reconozca que la educación y la tolerancia hacen más felices a los hombres se tendrá una deuda de gratitud con Erasmo (pp. 168-69).

J. J. U.

HANS SEDLMAYER, *Kunst und Wahrheit, zur Theorie und Methode der Kunstgeschichte*. Rowohlt's Deutsche Enzyklopädie, Hamburg, 1958. 211 pp.

El título número 71 de la Enciclopedia Alemana de Rowohlt, corresponde a un ensayo de Hans Sedlmayer, autor que ya había publicado otro en la misma colección sobre *La revolución del arte moderno* (Nº 1 de la enciclopedia). En *Arte y Verdad*, según lo manifiesta, se continúan los intentos de dos viejos maestros de la Historia del Arte: Alois Riegl's y Max Dvorrák. Siguiendo las huellas del pri-

mero, Sedlmayer se esfuerza por mostrar la posibilidad de una teoría pura de los estilos artísticos, y tras los pasos del segundo quiere establecer que la Historia del Arte es y debe ser Historia del Espíritu. Estos dos intentos constituyen el contenido de las dos primeras partes del libro. La tercera y cuarta partes están dedicadas al problema de las relaciones de la obra de arte con la verdad y con el tiempo. En el tratamiento de estos dos problemas se dejan ver las influencias de la filosofía contemporánea, especialmente del pensamiento de Heidegger. Como apéndice del libro se encuentra un corto capítulo dedicado a la historia de la Historia del Arte como ciencia rigurosa, y en él se analizan los puntos de vista de Winckelmann, Burckhardt y otros historiadores europeos que han trabajado en este campo de la historia.

J. J. U.

MAX MÜLLER, *Existenzphilosophie im geistigen Leben der Gegenwart* (la filosofía existencial en la vida espiritual de nuestro tiempo), 2ª ed. F. H. Kerle, Heidelberg, 1958. 157 pp.

Max Müller, profesor de la Universidad de Friburgo, ha dado a la publicidad —ahora revisados y adicionados con algunos nuevos estudios— anteriores trabajos sobre el pensamiento de Heidegger. Este volumen, segunda edición del conjunto de ensayos y conferencia que Müller había publicado en 1949 —traducidos al francés con el título de *Crisis de la Metafísica*— sobre diferentes aspectos de la filosofía de Martin Heidegger, contiene algunos nuevos trabajos de mucho interés para el estudio de las relaciones entre Heidegger y ciertas tendencias de la filosofía tradicional como el tomismo y la escolástica. Entre ellos deben mencionarse una conferencia sobre el tema *Fenomenología y Escolástica*, en la cual se compara el concepto de intencionalidad del ser en Heidegger y la teoría de la iluminación en San Agustín y un epílogo sobre el uso del concepto de analogía en Santo Tomás y en la obra del autor de *Ser y Tiempo*.

R. H.

OTTO BRUNNER, *Neue Wege der Sozialgeschichte* (Nuevos rumbos de la historia social). Ed. Vandenhoeck & Ruprecht. Göttingen, 1956. 256 pp.

Se reúnen en este volumen de la admirable serie *Kleine Vandenhoeck Reihe* —en la cual han aparecido monografías históricas tan valiosas como *La ciudad europea en la Edad Media*, de Fritz Rörig, y *La imagen del hombre en la historiografía de Polibio a Ranke*, de Paul Kirn— varias conferencias y ensayos del gran medioevalista alemán Otto Brunner. Con la maestría y el rigor crítico que han hecho justamente célebre su nombre, el autor estudia la raíz histórica de conceptos básicos para la comprensión de la vida de Occidente como Feudalismo, Capitalismo, Ciudad, Burguesía, Campesinado, etc. Se trata de un libro necesario no sólo para el historiador sino también para el filósofo.

R. H.

VARIOS, *Recherches sur la Tradition Platonicienne*. Sept Exposés. Ed. L. Lehnen, München. Fondation Hardt pour l'Étude de l'Antiquité Classique. Entretiens, T. III. 242 pp.

Comprende este volumen los resultados de una reunión de especialistas en diferentes aspectos de la obra platónica, efectuada en Ginebra. W. K. C. Guthrie (Inglaterra) trata el problema de *La unidad del concepto del alma en Platón*; Olof Gigon (Alemania) trata de la *Autoconciencia de la filosofía en la antigüedad y en particular en el helenismo* a través de un estudio sobre las Tusculanas, libro I; Willy Theiler se refiere al tema de *Dios y el alma en el pensamiento de la época imperial*; Pierre Courcelle (Francia), *Interpretaciones neoplatonizantes del libro VI de La Eneida*; J. H. Waszink: *Platonismo y pensamiento cristiano de los primeros tiempos*; H. I. Marrou escribe sobre *Humanismo y cristianismo en Clemente de Alejandría*. Finalmente, Richard Walzer se refiere, para clausurar el volumen, al tema *Filosofía islámica y platonismo*.

R. H.

LUIS GALVIS MADERO, *El Adelantado*. Prólogo de Carlos Restrepo Canal. Ediciones Guadarrama, S. L., Madrid, 1957. 382 pp.

Las "Ediciones Guadarrama", que nos han dado ya más de una docena de libros de la más pulcra y decorosa presentación, acaban de lanzar otro sobre Gonzalo Jiménez de Quesada, debido al escritor bogotano don Luis Galvis Madero.

Se trata de una biografía del fundador de Bogotá, compuesta en 21 capítulos con notas al final de cada uno y cuatro Apéndices que contienen, el 1º un artículo del prologuista de la obra, don Carlos Restrepo Canal, sobre el retrato de Jiménez de Quesada; el 2º, seis escritos menores del mismo conquistador, conocidos ya por publicaciones anteriores; el 3º, tres documentos relacionados con la vida y obra del Mariscal, y el 4º, cinco documentos que el recopilador llama inéditos, pero que no lo son, como habremos de verlo adelante, referentes a Jiménez de Quesada y tomados, según dice, de la colección que don Juan Friede copió en el Archivo de Indias de Sevilla para la Academia Nacional de Historia. Finalmente aparece, bajo el título de *Bibliografía*, la lista de autores y obras que el biógrafo utilizó para componer su libro. Este está adornado, además, con 16 láminas en huecograbado, y 9 en color, distribuídas a través de sus páginas.

La impresión general que deja la lectura de estas páginas es la de que se trata de una obra amena y fantaseadora, en que se combinan hábilmente los datos seguros con los dudosos, los resultados de la investigación seria con la creación novelesca. Una obra para el vasto público y para el lector corriente que, teniendo un conocimiento superficial del personaje, desee enterarse con más detalle de su vida y su obra. En el prólogo dice el autor que las hazañas de los conquistadores españoles son de por sí tan maravillosas que basta relatarlas con sencillo estilo, "sin que haya necesidad de novelarlas para hacerlas atractivas", y que tampoco hay que "hacerlas sufrir interferencias de rellenos prolongados con traslaciones en comillas de historiadores y cronistas". O sea que quiere guardar un término medio entre la pura ficción y la escueta historia, buscando así liberar a los lectores de la aridez erudita sin apartarlos de la verdad histórica. No pretende, pues, hacer una obra de crítica, ni quiere caer en la historia novelada, sino simplemente reconstruir

con su imaginación el ambiente para no "apartar el variado colorido de la vida o la melancólica nota de lo trágico".

Dentro de este planteamiento, la obra no carece de interés. Despierta simpatía y admiración por el personaje biografiado, lo vindica de falsas acusaciones, al mismo tiempo que lo humaniza reconociendo sus yerros y defectos. De las páginas del libro sale la estampa de un Quesada audaz y valeroso, tenaz y prudente, de cultura superior a la de sus conmlitones y movido por grandes ideales, pero sujeto también, como ellos, a la ambición de oro y riquezas, sin que pueda absolversele además completamente de la tacha de fría crueldad o de debilidad complaciente. El autor se inclina notoriamente más al panegírico que a la censura, pero, en general, y con excepción del comentario sobre el estilo, no desvirtúa con superfluos elogios la personalidad procerca del guerrero, y logra destacar con tino las virtudes del estadista. Además, para quien no lee la obra con preocupaciones casticistas ni literarias y sólo busca información general, esta nueva biografía del fundador de Bogotá resulta útil y provechosa, aunque siga haciéndose esperar el estudio completo que ilumine plenamente su figura en todos sus contornos morales e intelectuales. Estudio que quizá no sea todavía la hora de emprender, mientras por una serie de parciales enfoques no se vayan aclarando las múltiples dudas que suscita su historia y, sobre todo, mientras no se revuelvan con paciencia los archivos aún inexplorados y se haga la minuciosa pesquisa de documentos que arrojen luz sobre los numerosos problemas que plantea la larga y agitada vida del Mariscal, con sus implicaciones en el campo de la cultura.

El libro, pues, del señor Galvis Madero, deja las cosas como están. A lo ya conocido no añade nada nuevo. Es uno más entre los que han pretendido presentar la imagen de un Jiménez de Quesada de prominente perfil estatuario pero borrosa en sus detalles. Así, por ejemplo, la fecha y el lugar de nacimiento del conquistador siguen siendo dudosos. Córdoba y Granada siguen disputándose el honor de haber sido su cuna, no obstante que era justo esperar que en un libro nuevo sobre Quesada se hiciera alguna crítica sobre los documentos hasta ahora aportados al debate, ya que no se pudiera exigir el descubrimiento de otros nuevos.

Sobre los estudios y formación humanística del letrado no hay más que algunas suposiciones obvias tratándose de quien había cursado leyes en las primeras décadas del siglo xvi. Por lo demás, vanse relatando según las pautas conocidas los hechos más salientes de la vida del conquistador, desde su partida para el Nuevo Mundo en la expedición de don Pedro Fernández de Lugo, hasta su muerte en Mariquita. En breves capítulos y con algunas digresiones líricas se van repasando el viaje de Quesada a través de las selváticas riberas del Magdalena, el descubrimiento del país de los chibchas, la fundación de Santa Fe, el retorno a España y segunda venida del héroe, la expedición del Dorado y los días postreros de su agitada vida, consumido entre pleitos, reclamos e interminables luchas que sólo interrumpía para dar pábulo a sus aficiones de letrado y jurista, siempre en defensa de su rey, de su religión y de su patria. No hallamos en todo esto ni aporte de nuevos datos ni —justo es reconocerlo— desconocimiento de los ya trajinados por biógrafos e historiadores antiguos y modernos. Esto último es, sin duda, un mérito indiscutible que deberá abonársele al señor Galvis Madero, quien trabajó con arduo empeño en la tarea de dar a conocer y hacer más popular la figura de quien es una de las mayores glorias de la epopeya americana.

Un reparo fundamental debemos hacer a la historia sobre el Adelantado, sin ánimo de mortificar a su autor, antes bien con el sincero deseo de contribuir a que sea mejor comprendida y apreciada esa auténtica gloria nacional.

En el año de 1952 el Instituto Caro y Cuervo publicó la primera obra de Jiménez de Quesada que ha logrado conocerse casi en su totalidad: *El Antijovio*, o refutación de las *Historias* de Paulo Jovio, tomada directamente del manuscrito original hallado en los archivos de la Biblioteca de Valladolid. La edición de este precioso documento fue hecha respetando en su totalidad la redacción original del Adelantado y la ortografía de la época, a pesar de que el manuscrito presentaba la dificultad de tener numerosas páginas tachadas o rehechas por la anónima mano de un corrector bastante posterior a Quesada. El libro se presentó con un amplio estudio preliminar del historiador español don Manuel Ballesteros Gaibrois, que planteaba ya las nuevas deducciones que era posible hacer ante este trascendental descubrimiento. Se acompañó igualmente con una bibliografía crítica de los escritos conocidos y desconocidos del conquistador y otra de los trabajos que sobre él se han publicado en libros y revistas y —lo que es más importante— se daba allí mismo cuenta de la existencia de abundantes documentos referentes al Mariscal, recientemente adquiridos y conservados en micropelícula por el Archivo Nacional de Colombia. Así, pues, se trataba de una edición que por sí sola ofrecía el más rico caudal de datos para el estudioso que quisiera investigar, con nuevos y preciosos elementos de juicio, la vida y obra del fundador de Bogotá. Ahora bien; el señor Galvis Madero conoció la obra en cuestión y la cita repetidas veces en su semblanza, calificándola alguna vez de “pulcra” y “cuidadosa”. Entonces no podemos menos de preguntarnos asombrados: ¿por qué no utilizó el señor Galvis el abundante material que tenía a mano? ¿Por qué sólo cita en parte y como de paso la edición del Instituto, alguna vez para señalar una errata que él llama *lapsus linguae* (pág. 189), otra para señalar una supuesta omisión del texto original (*ib.*) y varias para transcribir pasajes extremadamente recortados, en confirmación de sus asertos? No puede aceptarse que después de la publicación de *El Antijovio*, en la edición que hemos mencionado, se sigan repitiendo sobre algunos aspectos de Quesada las mismas cosas que se decían antes de esa publicación. Porque ella estaba llamada a marcar un hito en los estudios investigativos de Quesada, ya que se trata de un largo escrito original, y en parte transcripción directa de sus palabras dictadas a los amanuenses. Era de esperarse que cualquier nuevo estudio sobre la vida y obra del Adelantado tomase fundamentalmente en cuenta la publicación del *Antijovio* y aprovecharse tanto los datos históricos directos que de allí se deducen como los que del análisis estilístico se desprenden, por poca atención que a éste se le ponga. Lamentablemente el libro del señor Galvis sigue perteneciendo al grupo de los que fueron escritos antes de *El Antijovio*, aunque aparece publicado varios años después.

El señor Galvis cita dos veces (págs. 46 y 77) las palabras de Ballesteros Gaibrois en su prólogo a *El Antijovio* para comprobar la tesis de que Quesada se halló en las guerras de Italia. Cita también (pág. 77) un artículo de Jaime Tello en *El Tiempo* de Bogotá, febrero 15 de 1953, en confirmación del mismo aserto. Pero nos preguntamos entonces: ¿por qué el biógrafo necesitaba recurrir a testimonios de segunda mano, cuando tenía ante sus ojos la fuente original comprobatoria de hechos tan trascendentales para la vida de su personaje? ¿Por qué no aprovechar las palabras mismas del autor de *El Antijovio*, testigo presencial de los sucesos que narra? ¿Cómo pasar por alto, verbigratia, los interesantísimos detalle y descripción de la batalla de Pavía, relatados por el propio Quesada como participante en esa famosa acción de guerra? Es cierto que a ello alude (pág. 53), pero en forma por demás ligera y colocándolo en el terreno de las meras suposiciones

("habría sido por ventura, aquel capitán Quesada"...), cuando es claro que la minuciosa narración del conquistador lleva a descartar las simples hipótesis.

Sin embargo, sería exagerado afirmar que el señor Galvis no tuvo para nada en cuenta la publicación de *El Antijovio*. De manera especial quiso utilizar este material en los capítulos XIV y XV, dedicados a las empresas literarias del Mariscal.

En el primero de ellos menciona las obras del conquistador letrado y discurre acerca de ellas, basándose parcialmente en la *Bibliografía* que publicó la edición del Instituto, pero sin nombrarla. En parte acepta y en parte rechaza las argumentaciones de Ballesteros Gaibrois, sobre fecha y lugar de composición de *El Antijovio*. Pero a los razonamientos de Ballesteros, de por sí tan deleznable, para demostrar que el libro no se escribió en 1567, como dice Quesada, sino en 1569, el señor Galvis añade esta explicación que juzga "más lógica": "El número nueve (9), dice, escrito en forma abierta, se parece al número siete (7); una equivocación del amanuense, muy frecuentemente (*sic*) en los escritos al dictado". ¿Advirtió el historiador señor Galvis Madero que en el manuscrito de Quesada la fecha no está dada con números sino con letras? ¿Cómo puede suponer que el Adelantado cometió un *lapsus linguae* al dictar a su amanuense: "este año de sesenta y siete", y cómo presume en el escribano la equivocación de poner con letras "siete" en vez de "nueve"? No vemos, realmente, que sean estas explicaciones "más lógicas" que las de don Manuel Ballesteros.

Viene luego una especie de análisis estilístico en el que se acumulan una serie de ingenuas observaciones. Porque aquello de que "las maneras de decir usadas por el Adelantado en esos meses de 1569 así como en otras muertas [muchas?] ocasiones, serán idénticas a las empleadas por muchos de los bogotanos en la segunda mitad del siglo xx" es, por lo menos, arbitrario, a juzgar por los ejemplos traídos a continuación. Que los "verdaderos" bogotanos de la segunda mitad del siglo xx digan: "lo que pasa es que", o "para qué gasto yo palabras", "Dios mediante", y cosas por el estilo; y que, "no solamente los hombres sino también las mujeres" bogotanas, digan: "y aun por más señas" o "con qué cara dice"; y que los "bogotanos de la edad atómica" usen "como su padre el conquistador Quesada" la expresión "me dio un vuelco el corazón", todo esto, repetimos, es tan pueril y acomodaticio, que no puede tomarse como argumento para ninguna conclusión seria. No se ve por qué estas expresiones sean típicas de los bogotanos "de la edad atómica", siendo locuciones corrientes que el idioma popular forjó, desde muy antiguo quizás, pero comunes a cualquier parte donde se hable castellano.

A continuación afirma que los españoles cultos de la centuria en que vivió Quesada "se expresan en una forma que recuerda a Avicena, el filósofo y sabio enciclopédico, llamado por otro nombre Ibn-Siña" (*sic*). "Es un estilo oriental, heredado por los españoles a través de la literatura islámica". Por cinco veces repite en dos páginas esto del estilo oriental. Y se apoya en la autoridad de Américo Castro, cuya obra no cita, pero que será probablemente *España en su historia*. Sólo que, lo que Castro ha dicho sobre la actitud existencial del español y las repercusiones que en su psicología dejó el dominio musulmán, es algo muy distinto de lo que el señor Galvis ha querido aplicar al estilo de Quesada. Creemos que el descarrilamiento del escritor bogotano en este punto es total y que no debe dejarse prosperar. ¿Cómo puede sostenerse que "las maneras de expresarse [Quesada] son semejantes a las usadas por los mejores escritores de su tiempo"? El Adelantado es apenas un poco posterior a Boscán y Garcilaso, a los dos Valdés y a Guevara; contemporáneo riguroso de Granada, Santa Teresa y Fray Luis de León; muy

próximo a Ribadeneira, Mariana y Ercilla; ¿con cuál podríamos cotejarlo? El señor Galvis intenta un paralelo con Santa Teresa que nos parece a todas luces desacertado, pues las coincidencias con ella no pasan de algunas frases que pertenecían al lenguaje familiar de la época. Pero aquello de que “lo que causa al ánimo sorpresa y encanto al mismo tiempo, es la costumbre, heredada de los moros, de introducir su existencia en el escrito manifestada por entrambos escritores de idéntica manera y con la misma elegante sencillez”, y aquello de que en ambos “alienta el mismo espíritu” y de que “hay algo que a los dos los une y es aquel introducirse en sus escritos, dejando jirones de su propia vida reveladores de su mundo interno”, son afirmaciones exageradas que caen por su base con sólo saber que Santa Teresa escribió el Libro de su vida por obedecer a sus confesores, y con recordar el hondo lirismo de la santa de Avila, su arrebató místico y su castizo sabor de castellana vieja, cosas todas que la alejan radicalmente del conquistador andaluz.

Para que el lector juzgue por sí mismo, citaremos algunos pasajes del capítulo XV, *Estilo de un Adelantado*, que nos parecen francamente equivocados o incomprensibles.

En la pág. 194 dice: “presenta aspectos personales de ordenación y distribución de los asuntos tratados, sin complicados incisos ni artificiosos arabescos”. El lector de *El Antijovio* recordará la profusión de incisos y paréntesis del estilo del Mariscal.

En la pág. 195: “La morfología para expresar su pensamiento es una consecuencia de su raza, de la cultura de su tiempo, del ambiente expansivo e imperialista de su nación”. ¿La morfología, consecuencia de su raza, de la cultura y del ambiente? Y añade: “pero por el matiz de su prosa llegamos a los linderos de lo impenetrable y misterioso, pues encontramos en sus escritos sinceridad y honradez apasionadas”, frase realmente impenetrable y misteriosa.

En la misma página 195 dice: “Sorprende su buen gusto cuando trata de poner título a su libro donde refuta las aseveraciones del obispo italiano. Es original en ello adelantándose cuatro siglos a su tiempo, pues deja a un lado el barroquismo de los nombres largos”. No se acuerda que antes, página 187, lo ha llamado con razón, siguiendo el estudio de don José Manuel Rivas Sacconi, humanista y hombre del Renacimiento, o sea que no tenía por qué superar a un barroquismo que aún no existía. Luego cita a Ballesteros, página 198, para solidarizarse con él cuando habló del “estilo cervantino” de Quesada y lo llamó “superior a Mariana, a mil codos sobre sus contemporáneos y sobre los que han de vivir incluso cien años después de él”. ¿Será por fin nuestro Adelantado renacentista o barroco, oriental, cervantino, sencillo como Santa Teresa y descuidado como el señor Galvis, o clásico como “los mejores escritores de su tiempo” y elegante como Mariana? En fin, concluye el señor Galvis, “por el momento estos apuntes sobre el estilo del Conquistador deben bastar”.

Permítasenos advertir a los interesados en el conocimiento de la obra literaria de Quesada que los apuntes de su moderno biógrafo bogotano sobre tal materia, no sólo no deben bastar, sino que deben ser rectificadas o aclaradas casi en su totalidad, so pena de presentar al mundo culto una imagen desproporcionada y falsa de nuestro más antiguo escritor.

No quisiéramos detenernos a comentar el estilo de quien por primera vez, que sepamos, se presenta al público hispanoamericano con una obra que sus editores califican de “uno de los mejores capítulos de la historia de América”; pero no resistimos a la tentación de transcribir, como curioso muestrario, la siguiente lista

de expresiones entresacadas de las cuatro páginas del capítulo XX en que habla de las riquezas halladas por Quesada en su primer viaje: "planetas fulgurantes", "puntos de luz", "luminiscencias opalescentes", "vestigio resplandeciente", "estela luminosa", "áurea fulguración", "partículas luminosas", "fragmentos radiantes", "partidas resplandecientes", "chorro luminoso", "radiaciones incomparables", "fulgor extraño", "extrañas coloraciones", "perlinas luminiscencias", "filtraciones de verdes gemas", "aportaciones esmeraldíferas", "caudal esplendoroso", "senda luminosa", "lluvia de estrellas", "claridades luminiscentes", "hitos áureos", "piedrecitas fulgurantes", "lágrimas de oro", "extrañas fulguraciones". Juzgue el lector sobre ese arrume léxico de luces y colores.

Finalmente, dos palabras sobre los Apéndices que mencionamos al principio. Lo primero que sorprende es que el señor Galvis, habiendo tenido en sus manos la edición de *El Antijovio* de que hemos hablado, en la cual se incluyó una bibliografía tan minuciosa como fue posible, con especificaciones de fechas y lugares, con la historia de los manuscritos de Quesada, con referencias a los desaparecidos, a los conocidos y a los publicados o inéditos, no mencione para nada este trabajo, ni cite al transcribir los documentos de sus Apéndices las fuentes donde el lector puede hallarlos o donde puede obtener información, indicadas todas allí. Pero sorprende todavía más que a la página 344 ponga este título: "Documentos inéditos referentes a Jiménez de Quesada" (subrayamos). El primero de ellos, la Carta del Cabildo de Santa Marta, apareció en el *Boletín de Historia y Antigüedades*, Vol. XV, págs. 248-250, como se indica en *El Antijovio*, pág. CLXX. El segundo, sin título, es una carta del rey a don Alonso Luis de Lugo, su Adelantado en Canarias. Está tomado probablemente de la colección de Juan Friede, mencionada al principio. El tercero es una parte del documento publicado bajo el título de Reparto de oro y esmeraldas en el *Boletín de Historia y Antigüedades*, Vol. XVI, N° 191, págs. 662-687, y en otras dos partes, como se indica en *El Antijovio*, pág. CLXIX. Aunque el documento es el mismo, la parte publicada es la del reparto de oro, y la incluida por Galvis es el inventario "de lo que se ha habido y habrá en esta jomada y descubrimiento del río grande". Ambas fueron presentadas en Madrid por Juan Oribe, en nombre de Quesada, el 13 de noviembre de 1546. El cuarto es la copia de las capitulaciones firmadas por Quesada y Federmán a raíz de su encuentro en la Sabana, y el quinto es el poder otorgado por el Adelantado a su hermano Hernán Pérez en 1539, para gobernar al Nuevo Reino durante su ausencia.

Se concluye con la advertencia de que estas transcripciones pueden adolecer "de algunos errores imputables, en todo caso, a los copistas", que las tomaron del archivo de Sevilla. Copistas que serían los ayudantes del señor Friede, de quien, a su vez, toma los documentos el señor Galvis Madero.

RAFAEL TORRES QUINTERO

Bogotá, marzo de 1959.

BORIS L. PASTERNAK, *El doctor Jivago*. Novela. Premio Nobel 1958.

Yura, o Yurotschka, o Yuri Andreievitch, llamado después el doctor Jivago, crece sin conocer a su padre que, llevando una vida disipada, abandona el hogar dejando al niño al lado de su madre. Está enferma de tuberculosis y anda con

su pequeño hijo por el sur de Francia y el norte de Italia, en busca de salud. Fallece María Nikolaievna, la madre de Yura a quien él encomienda a Dios, se le ve viajando luego en coche un día de verano del año 1903 a una región de provincia, y algún tiempo después en casa de un amigo hasta que trasladándose el tío, con quien había viajado, a San Petersburgo, queda Yurotschka en Moscú en el círculo de sus parientes. Estudia el mozo medicina en la universidad, se gradúa brillantemente, conoce, entre otras personas, a Lara o Larissa Fiodorovna, la esposa de Pavel Paulovich Antipov, la cual, por no separarse del esposo que había partido al frente de combate en la primera guerra mundial, entra a servir como enfermera. Yura la conocía ya y de ella había dicho que todo cuanto la distinguía era armonioso: "La espontánea rapidez de sus movimientos, la estatura, la voz, los ojos grises y el color dorado de sus cabellos". Incorporábase como médico a un regimiento, cae herido, vuelve a ver a Lara, y convencidos ambos de que Antipov, de quien no tenía noticias, había muerto, o desaparecido en la guerra, empiezan aquel amor hondo y, a la postre, tan sin ventura, mientras que la infortunada Tonia, esposa del doctor Jivago, se consume en Moscú de tristeza y desolación esperando a su marido ausente.

Poco tiempo después se separan Jivago y Lara y no se vuelven a ver durante el tiempo que dura la revolución rusa. Luego el viaje de la familia Jivago "a los lejanos Urales, hacia la antigua tierra señorial de Varykino". Van hacia Yuriatin, "el escenario de todos los cuentos de Anna Ivanovna, la ciudad que también nombraba tantas veces Antipovna, la enfermera".

La enfermera a quien ama el doctor Jivago, aquella Lara de ojos grises y dorados cabellos, va a encontrarla de nuevo en plena guerra civil ya, unas veces en Varykino, otras en Yuriatin. En aquellas comarcas entra la narración de la novela en una zona de grandeza. Allí actúan el médico y el escritor, y todo se llena de luz como en los versos de Tiutchev, o en los poemas de Pushkin, y el escritor entona un himno al amor, pues ha hallado a la amada de su corazón, a Antipovna, la misma Larisa, a pesar de que muchas veces tiene "la firme decisión de confesárselo todo a Tonia, de pedirle perdón y no volver a ver más a Lara". Era la lucha entre el cumplimiento del deber y la violenta pasión ardiente que le mancillaba la limpieza del alma.

Cae prisionero de los partisanos, y enfermo y delirante por la fiebre, Lara se inclina sobre él para beberle los alientos, le cuida con solicitud maternal, y en aquella noche álgida de la casa del mismo Antipov que, huyendo de la persecución bolchevique, había cambiado su nombre por el de Strelnikov, y vagaba por aquellos contornos, tiene a su lado a la hermosa mujer que le atiende y acaricia mientras él escribe, y ambos oyen, en la profunda noche siberiana, el aullido de los lobos.

Y en una noche hosca y sombría, en la que caía copiosamente la nieve, se suicida Antipov por haber sorprendido el amor de Lara y Yuriotschka. Ella se fue con su hija para siempre, y al doctor Jivago lo agobiaron la amargura y el dolor porque no volvió a ser lo que antes había sido, y se aniquiló, o se desvaneció, o se convirtió en una sombra, en un humo, o como dice Píndaro, con el mejor pensamiento que se ha escrito sobre lo que es el hombre, en "el sueño de una sombra".

Mientras tanto la sin ventura Tonia esperaba sin esperanza.

Como el héroe principal de su novela, toda la vida había venido buscando Pasternak un estilo inadvertido, que no llamase la atención. No se puede decir que no lo ha conseguido, pues esa novela sitúa a su autor no muy lejos de los grandes escritores rusos: Tolstoi, Dostoyevski, Pushkin, Gorki, Gogol. Páginas tiene maestras como las que escribió sobre el invierno ruso, sobre los días de Navidad, la

muerte de Ana Ivanovna y el dolor de su hija Tonia, los horrores de la primera guerra mundial, los padecimientos de la población judía, las escenas de la revolución rusa de 1917, la persecución de los descontentos con el régimen de Stalin y su férrea dictadura, la tempestad en la alta noche, las tormentas de nieve, la floración y el perfume de los tilos, los comienzos y la llegada de la primavera, el agua en las torrenteras bajo los árboles y entre las rocas, la blanca diafanidad perfumada de los cerezos silvestres, el encanto de la naturaleza en los días soleados, etc.

Cierto que, como dice Philip Toynbee en *Observer*, le falta a la novela el aliento, el ímpetu, el empuje, el arranque de las grandes novelas, y que ninguno de sus personajes, ni siquiera el doctor Jivago, tiene vida. Ni puede desconocerse tampoco que, según Renato Poggioli, "carece de la fuerza de sus primeras obras". El lector se ve obligado a continuar al principio la lectura de un libro que lo desorienta y extravía entre tanto episodio secundario para seguirles los pasos a Lara y al doctor Jivago, que se pierden entre los ciento veinte personajes restantes. Pero buscándolos, aunque se hayan perdido, al cabo los encuentra y observa, más allá de la mitad del libro, que la vida de aquellas gentes que pasan está llena de Heracles y de Eros o Afrodita, de pasión y de dolor, de angustia y de lágrimas y sangre.

JULIÁN MOTTA SALAS